

Cartas sobre la naturaleza humana para uso de los sobrevivientes

PILAR GONZÁLEZ*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

DUFOUR, DANY-ROBERT. *Il était une fois le dernier homme*. París: Denoël, 2012. 224 páginas.

Compartiendo su vida entre Brasil y Francia, este filósofo escribe un ensayo en forma de cartas amorosas a su “bella amiga” que apoda “Onza” (Jaguar), pero con un contenido crítico, humorístico y lúcido sobre el humano; ese ser que nació prematuro comparado con los demás mamíferos, concretamente con los primates, los cuales muy pronto pueden comer sólidos y no dependen durante tanto tiempo de la protección materna; sin vello calorífero en el cuerpo; con un agujero occipital que lo obliga a una postura perpendicular de la columna vertebral; con fontanelas que no se cierran sino hacia los veinte años y, para completar, sin hueso en el pene que sí poseen sus parientes primates machos. Por todo esto está condenado a cargar la marca del “tener menos”. No obstante, a pesar de no estar terminados, de no haber alcanzado la edad adulta, los seres humanos pueden reproducirse y hasta transmitir a sus descendientes esos mismos caracteres juveniles; tal como el ajolote, que puede permanecer toda su vida en estado larvario y, sin embargo, tener crías. Esta

* e-mail: pigori6@hotmail.com

CÓMO CITAR: González, Pilar. “Cartas sobre la naturaleza humana para uso de los sobrevivientes (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 22 (2023): 321-323, doi: 10.15446/djf.n22.112857.

© Obra plástica: Beatriz González

característica llevó al anatomista Bolk, repudiado por mucho tiempo por otros científicos al atreverse a destronar al rey y centro de la creación, el humano, a darle a este el nombre de “neoteno”, del griego *neo* y *tenein*, es decir, “lo juvenil prolongado”, y a afirmar que dicho “retardo del desarrollo tiene como consecuencia que dos generaciones seguidas se queden más tiempo juntas”.

Al respecto, le llamó la atención la insistencia en muchos pacientes de cierto síntoma llamado en alemán *Hilfflosigkeit*, difícil de traducir y que terminó en francés como *désaide*, literalmente “poco ayudado” en castellano.

Dicho término aparece en muchas de las obras freudianas y representa la situación de desprotección en que se encuentra el recién nacido, origen de “todos los tormentos del alma en el ser humano”, dada su larga dependencia y el hecho de llegar al mundo más desprotegido e inacabado que los demás animales. Este factor biológico, que sume al pequeño en situaciones peligrosas, apela la necesidad de ser amado y esto, a su vez, acarrea las neurosis. El tener *menos* neotéricamente lleva a un más de neurosis.

Los otros animales saben a la perfección lo que deben hacer, cómo y cuándo, en contraste con las dudas, indecisiones, remordimientos del humano, ante los cuales, lo mejor que puede hacer es reírse. Dice Dufour: “La risa disimula siempre una secreta e inconsolable nostalgia de la potencia animal perdida”.

Por otra parte, la invención del tótem, héroe protector, engendra instituciones como las religiones, politeístas inicialmente y más tarde monoteístas, que engendraban batallas entre las tribus de sus adeptos, compitiendo en poder; ya que, cuanto más débil es el individuo, más engrandece a su dios.

El humano, como ser insuficiente que es, aprendió a imitar al animal con las cualidades de este para cazarlo, imitando sus sonidos o fabricando señuelos para poderlo pescar ... Y quiere comer al predador para convertirse en él, incluso llegando a la homovoracidad.

Desde el comienzo, fue excluido del aquí y el ahora como el loco y por tanto pertenece a una especie desquiciada. De ahí que Dufour proponga una adición al nombre de nuestra especie, llamándola *homo sapiens sapiens demens*.

La pregunta que se plantea el autor es entonces: ¿cómo es que la especie más inapta no únicamente ha sobrevivido, sino que es la que ha logrado triunfar sobre todas las demás? Es la inteligencia humana lo que le permite tanto vivir en presente, como anticipar el futuro y volver al pasado para obtener enseñanzas sobre el porvenir. Se sabe que los ancestros del humano ya hablaban-cantaban y practicaban ritos funerarios; por tanto, sabían de la muerte como destino. Pero además podían representar todo tipo de cosas ausentes gracias al lenguaje. Incapaz de habitar el verdadero mundo, el “neoteno” humano optó por habitar el del lenguaje.

En cuanto al espacio, como no logró vivir en ninguna parte, entonces puede habitar cualquier otra; una ciudad, una selva, un desierto, el espacio intersideral... De tal forma que serias críticas se pueden aplicar al darwinismo, ya que es nuestra inadaptación lo que ha posibilitado la superadaptación. El ser humano se volvió todo y nada, loco y razonable, débil y fuerte.

En todo ser viviente existe una escritura (genoma) que consiste en la combinación de cuatro letras (g, a, t, c) que determinan los rasgos de la especie a la cual se pertenece. Mas, en el humano, esta ley endógena (escrita como *homo sapiens sapiens*), se replica en la ley exógena, escrita por él, y

es infinita, a diferencia de la primera. De ahí que el “neoteno” esté constreñido a la escritura, llámese fresco, mural, tatuaje, pictograma, etc., que persiste a través del tiempo e incluso trasciende a la muerte del individuo. Es por ello por lo que puede constituirse en Ley.

La gramática está presente en todas las actividades del “neoteno” en las que haya un discurso implicado: es el caso del álgebra, la música, la astronomía, la medicina o la filosofía, así como de los mitos más exuberantes, como Lévy-Strauss lo demostró; e incluso de esos actos aparentemente incomprensibles como los sueños, los lapsus, los olvidos, que Freud nos enseñó a leer.

Al agregarse un trozo de escritura que no está presente en él y que hereda de sus ancestros, el humano resuelve su problema de “tener un acabado”, diríamos.

Pero si no tuviese manos, liberadas gracias a la posición erecta, no sería merecedor del otro epíteto, que lo hace *homo faber*, capaz de compensar sus carencias fabricando prótesis y órtesis, hasta volverse una especie de “dios protético” como decía Freud en 1929.

Esa hibridación entre lo natural y lo artificial da origen a un nuevo campo de invención, en el cruce de las nanotecnologías, las ciencias biogenéticas, la informática y las ciencias cognitivas. ¡Ese sería el coste de la supervivencia humana: la única forma de habitar el mundo es desnaturalizándolo!

Mas no se limita a sí mismo para eso: logra transformar en “neotenos” al resto de la creación: caballos, gatos, aves de corral y especialmente perros inventados por el hombre a partir de lobos feroces dominados por él, a quien a su vez dominan los dioses. Esta situación se puede resumir en inglés así: “*If the man is the god for his dog, he is a dog of his god*”.

En la medida en que los humanos, por razones de estructura, necesitan un dios, este existe por lo menos en su cabeza. Y este supermacho interesa en buena medida a las mujeres; al punto que algunas de ellas, las novicias católicas, llegan hasta a casarse con *Él*.

El “neoteno” siempre trata de escapar a una ciega evolución natural y cambiarla por una artificial, integrando en la escritura genética lo mejor que se ha escrito en la escritura exógena. Pero ¿qué pasaría si la transmisión de la vida se hiciera por clonación, a riesgo de repetirse lo que le sucedió a Edipo, que resultó ser a la vez el padre y el hermano de Antígona? Un incesto tecnocientífico podría tener efectos devastadores como la desaparición del sujeto, la del amor, la libertad y la dignidad, a cambio de una sociedad extremadamente eficiente como la de las hormigas o de superhombres estilo Frankenstein, ese monstruo que no necesita hablar o amar.

Las culturas siempre contuvieron la pleonexía en sus dos sentidos: estaba presente y se le ponía distancia. No obstante, el posmodernismo que reina hace más de treinta años logró implantar la idea de la riqueza infinita. Así, si al comienzo había una cultura *simbólica* y represiva, productora de neurosis, ahora entramos en una *diabólica*, perversa, muy polimorfa, sin límites; que preconiza la no-diferencia entre el bien y el mal, en la que se trata de ganar a como dé lugar, instrumentalizando al otro con ese fin.

El goce que otrora estaba ligado al encuentro, aceptado o no, con el otro sexo, se centra ahora en todas las zonas erogenizables posibles, remitiendo al perverso-polimorfo de la infancia descubierto por Freud, de tal forma que el “neoteno” que ya era se vuelve aún más infantil; como “Bambi”, el apodo de Michael Jackson, blanco y negro, hombre y mujer, joven y viejo, ángel y demonio, todo a la vez, paradigma de la perversión ordinaria para toda una generación y quien logró la hazaña de morir adolescente... ¡A los cincuenta años!

En esta sociedad dividida entre “neotenos” pobres y “pleonexos” que explotan todo lo que pueden, estos últimos no están lejos de proclamar soluciones eugenésicas, racistas y genocidas, mediante una guerra que atentaría contra las bases de la vida, tanto de la segunda como de la primera naturaleza. La tierra ya no da más: las especies cada vez son menos diversas, hay un riesgo acrecentado de pandemias y de propagación de virus (¿a alguien esto le suena?), agotamiento de los recursos naturales, calentamiento climático, poblaciones de refugiados por razones climáticas...

Algunos, sin embargo, pretenden que la producción de organismos genéticamente modificados, dentro del contexto de un eugenismo neoliberal, sería la ética por promover, con la finalidad de producir un ser superior probablemente más exitoso que el del nazismo y el estalinismo.

¿Se le puede ganar a esta propuesta? Dufour apuesta a que sí, identificándose con Borges, para quien el verdadero *gentleman* es el que escoge de entrada las causas perdidas; y le da un nombre a ese *gentleman*: Albert Einstein, quien en 1934 escribía que “la concentración del poder (económico, financiero, etc.) alrededor de tan pocas personas [...] conducía inexorablemente a la aniquilación universal”. Y agrega que “solo la instauración de un orden jurídico supranacional podría todavía salvar a la humanidad”. El único paramento posible contra los intereses privados que se imponen en todo lugar en detrimento de los colectivos sería pues, la ley. Al despedirse en este escrito amorosamente de su “felina”, Dufour le propone continuar la lucha, aceptar la imperfección del humano “neoteno” para que errar se transfigure en libertad y el desamparo constitutivo en amor.